

Algunas fiestas del ciclo anual

Mis palabras de hoy en Zaldueño tienen un exordio obligado, que es el del recuerdo al que fue querido amigo Blas Arratibel.

A Blas Arratibel le conocí en el año 1971, y con la inesperada y triste nueva que me transmitía el amigo Enrique Knörr, me daba cuenta de que perdía una irrecuperable parcela en el campo no muy rico de las amistades verdaderas.

Blas Arratibel, amigo jovial, servicial y desinteresado. De él puedo, afirmar que ostentaba el más caro de los títulos, que es el de ser un hombre de bien, un hombre bueno. A Blas Arratibel mi permanente agur. *Goian bego*.

En las proximidades de Tolosa tenemos un punto denominado *zazpi bideak* o los siete caminos, donde es fácil equivocarse de senda y avanzar desorientado y en sentido desacertado.

Mi modesta intervención de hoy tiene asimismo el peligro apuntado, tanto en lo que se refiere al lugar de arranque –tema de partida– como a su ulterior andadura. Pero *dana-dala*, sea lo que sea, como gustaba decir al cura de Eldua, aquí hemos llegado y entraremos en materia.

Se suele decir que en agosto los montes empiezan a sombrear. La luz empobrece y, poco a poco, aunque para la vida del hombre no de manera tan lenta, desde el otoño se abre un portillo en dirección al invierno, portillo que se agranda gradualmente, al tiempo que la noche se dilata en detrimento del día.

Seis de diciembre, San Nicolás. Festividad celebrada en diferentes espacios geográficos. Veamos cómo festejaban este día en la villa guipuzcoana de Villabona. Chicas y chicos, en algunos casos en solitario, más con frecuencia por parejas o de tres en tres, aprovechaban el recreo de la escuela y el tiempo del mediodía para pedir de casa en casa. Por la tarde no postulaban, y los que se decidían a hacerlo escuchaban cuasi indefectiblemente: *Bukatu da San Nikolas*, se terminó la fiesta de San Nicolás, dicho sea en traducción no literal.

En la petición mentada algunos chicos iban tocados con un sombrero en forma de cono o *ttuntturroa*, sombrero que quería recordar la mitra de un obispo, y más de uno ornaba esta mitra por medio de papel de diversos colores.

Les atendían con dinero o en especie y cada uno se hacía cargo de su parte correspondiente.

De puerta en puerta saludaban al consabido canto de:

San Nicolás coronado
Obispo fue muy honrado,
Ale, ale, alegría,
Todo el mundo salvaría.
Aquí estamos tres,
Cantamos dos,
Una limosnita
Por amor de Dios.
Angeles somos,
Del cielo bajamos,
Para Jesucristo
Dinero pedimos.

En la espera de ser obsequiados, y lo mismo si presentían que tendrían que partir de vacío, entonaban esta entrañable letra:

San Nikolas txikia
Zure ganbaran azia,
Zure ganbaran zer dago?
Andre Juana Maria.

Hasta hace unos doce años se celebró en Villabona el día de San Nicolás; pero el canto en vasco se había olvidado mucho antes.

El niño/obispo es un caso de suplantación de personalidad, de inversión, bastante frecuente en las manifestaciones de diferente signo, no sólo festivas. Por ejemplo, sin abandonar estos pagos tenemos el caso que se da en la noche de la víspera de la Epifanía, en Azpíroz.

Las familias de esta localidad del valle navarro de Larraun se reunían a jugar al As de Oro, e ignorando las normas del juego procuraban que perdiesen la *amandrea* o abuela y el *aitona* o abuelo, quienes eran seguidamente proclamados *erregina ta erregea*, reina y rey. Estos nombramientos traían consigo la obligación de costear los gastos del aguardiente y del chocolate de la mañana siguiente, así como también el turrón, el café y las copas de la comida del día de Reyes.

En la antañona encuestación que llevaban a cabo en Arrizala, barrio de Agurain, en la mañana del Jueves de Lardero, en el grupo de chicos no faltaba el obispo, que procuraba representar lo mejor posible su dignidad,

tanto en el atuendo como en su conducta. Recordaré que la imagen de una cosa equivale a la cosa misma. Consideración muy importante, a tener en cuenta.

En Tolosa tuvimos la costumbre, que no la llegué a vivir, de recibir festivamente el día de Santa Lucía, el 13 de diciembre.

En la caída de la tarde de la víspera, los chicos en edad escolar, y los algo mayores, se hacían con cualquier objeto metálico que encontraban a su alcance, y en varios grupos y de la manera más anárquica y bullanguera recorrían las calles de la villa, al reiterativo grito de: *Santa lubia, lubia, le, aguazillaren bildurrik gabe* (Santa lubia. lubia, le, sin miedo a los alguaciles). Esta conducta hasta cierto punto incontrolada se presentaba a algunos abusos no bien vistos por la autoridad. Según tengo escuchado a mis mayores, un año le quemaron las barbas a un guardia municipal apellidado Landa, a cuya hija llegué a conocer. Pues bien, en nombre del orden y velando por las buenas costumbres, aquel tan sonoro como estridente espectáculo callejero fue prohibido. Hará unos sesenta y cinco años que en Tolosa no se escucha el *Santa lubia, lubia, le, aguazillaren bildurrik gabe*.

El día de Santo Tomás, el 21 de diciembre, se nos presenta con cierto aire festivo, de manera particular en San Sebastián, en derredor de su feria. Con esta fecha y fiesta recuerdo la antañona relación entre el propietario y el arrendatario de una finca. El pago de la renta anual que se ha llevado a cabo en este día y que, por costumbre/ley, no se reducía sólo a dinero, en modalidad de contrato que tampoco se circunscribía únicamente a la casa de labranza, como se cree y se dice generalmente. Para corroborar lo que acabo de apuntar leeré una pequeña parte de un convenio, inédito, que dice lo que sigue:

2 de noviembre de 1798

Arrendamiento de una bodega y cubas de envasar sidra, por el administrador de Dn. Rafael Ortiz de Zárate a favor de Dn. Ignacio de Gorostegui, para 9 años.

Por esta carta, Dn. Cipriano de Insausti, vecino de esta villa de Tolosa, apoderado de Dn. Rafael Ortiz de Zárate (...).

Digo que en virtud de la presente Carta en la vía y forma que mejor puedo, doy en renta y arriendo la bodega de la casa nombrada Tapia, existente en la plaza vieja de esta dicha villa (...), con las cubas de envasar sidra que hay en ella (...), por tiempo y espacio de nueve años, que empezarán a correr el día de San Martín, once del presente mes, con condición de que me haya de pagar como a tal administrador y apoderado, en cada uno de ellos veinte ducados y dos capones, con toda puntualidad (...).

El texto es bastante largo y pasaré de manera abreviada al testimonio de la aprobación de la otra parte:

(...) recibo en arriendo la citada bodega y cubas para los nueve años que se expresan; con todas las condiciones suso asentadas, y me obligo a pagar por su renta en cada año dichos veinte ducados y dos capones al citado administrador Insausti (...).

Prosigamos.

Dentro de las condiciones o ritos festivos –y sabemos que el rito es lo opuesto a lo espontáneo–, no son pocas las celebraciones que giran en torno a la Navidad, que hoy las contemplaré de manera parcial y de pasada, de acuerdo con la línea marcada para esta disertación.

Si de las personas decimos que se las conoce en las ocasiones, otro tanto afirmaré de los pueblos. El espíritu de un pueblo se manifiesta de diversas maneras y de forma especial en las fiestas religiosas y profanas, en las ocasiones, varias de ellas de antiguo enraizado, aunque, con frecuencia, nos llegan y las conocemos alteradas de lo que pudieron tener de contenido y sentido primigenios.

Algo de lo que acabo de señalar me recuerda la lectura de un libro de cuentas correspondiente al año 1756, donde figura la anotación siguiente:

Item por el menguante de San Juan tomé Regimiento, y fuera de los regalos que me cambiaron de visita, gasté en vino y chocolate diez reales de vellón, y en carne otros diez, que hacen veinte (reales).

El fuego ha estado presente en las celebraciones más importantes del hombre. El fuego se enciende para despedir el año, la fogata no ha faltado en Carnaval y la hoguera saluda al verano.

Con el solsticio de verano me explayaré en otras consideraciones.

Fue en el siglo III cuando el emperador romano Aureliano fijó el 25 de diciembre como día del *nacimiento del sol*, dando con ello carácter oficial a la fiesta. Esto en nada favorecía la propagación del cristianismo, sino todo lo contrario.

La Biblia no señala el día del nacimiento de Jesús; pero la Iglesia lo fija el 25 de diciembre en la mayor parte del Imperio romano, en el transcurso del siglo IV.

Dicho esto, creo que las conmemoraciones que corresponden al ciclo navideño, vistas desde la perspectiva nuestra del conocimiento concreto, se pueden distribuir de manera principal entre la Nochebuena y Navidad; Año Viejo y Año Nuevo, y la víspera y el día de los Reyes Magos.

Pasaré por alto al heraldo Olentzaro, lo dejaré descansar, que falta le hace.

En Belascoain pude saber cómo en los días inmediatos a Navidad, los necesitados del pueblo pedían en las localidades vecinas, en cuestación llevada a cabo de manera individual y que recibía el nombre de *koskari*.

La Navidad, nuestra Navidad, favorecida por la época del año se centra todavía, en parte al menos, en derredor del hogar. Del hogar en toda la acepción de la palabra.

Lo mismo en la humilde choza
que en la morada soberbia,
blancas espirales de humo
hasta los cielos se elevan

(Antonio de Trueba)

A guisa de ejemplo veremos cómo se ha celebrado la Nochebuena, *Gabon* u *Olentzaro* en el barrio guipuzcoano de Nuarbe, conocido de manera especial por la importancia que ha tenido su actividad en la confección de cestería.

Al atardecer de este día de Gabón, cada familia encendía tres o cuatro troncos de haya o *pago mozkorrak*, sirviéndose de la paja. Sobre los troncos quedaba el llar o *lagatza*, del cual pendía la perola o *pertza* de cobre.

La cena de esta noche consistía en sopa de ajo y bacalao, obsequio de aquél que pasaba el año separado de los suyos, o recibido, en añosa costumbre, al pagar la renta al propietario del caserío. He aquí el envés de la conducta mentada en función de la festividad de santo Tomás.

De postre no les faltaba el arroz con leche, cocido en el recipiente del llar, y la compota de manzana o *ardo sagarrak*. Al amanecer del día de Navidad no prescindían de la sopa de ajo y del *zurrapote*, vino cocido con higos y canela. El *zurrapote* de Oreitia, aquí, en Alava, consistía en una bebida elaborada con vino, canela, limón, azúcar y agua.

En algunas casas de Nuarbe no faltaba el estofado o *estapabua*. Carne cocida en el puchero o *lapikua*, a la que se añadía una salsa de harina y cebolla picada, hecha en la sartén. En otras familias tampoco faltaba el *mondejo* o *buskantza*.

Antes de acostarse dejaban los troncos cubiertos de ceniza, que era retirada a la mañana siguiente. Esta misma operación la repetían hasta que se terminasen de quemar los *pago mozkorrak*.

Dejemos el casco urbano y abandonaremos también el caserío, ambos presentes en la colectividad de Nuarbe. Acerquémonos al solitario pastor. Acerquémonos a este pastor o *artzaia* tan presente en las referencias relacionadas con la Navidad.

Gaberdirik ederrena
artzaientzat onena
aingeru taldea gaba argitzen
gizonen artean berri ematen,
Jaio da Jesus ona,
Belengo zoriona.

Artzaiekin estalpera
goazen danok batera
askatxo batean dago etzanda
dardaraz zeru-lurren Jaun dana.
Jaio da Jesus ona,
Belengo zoriona.

Anda acá, Minguillo,
deja tu ganado,
tomado el caramillo,
zurrón o cayado:
vamos sin temor
a ver al Redemptor

(De Juan del Enzina (1469-1529))

Mas en el pastor y la Navidad no todo se reduce a una más o menos feliz descripción evocadora, a literatura. El pastor es una estampa real y viva de nuestros días. Y será uno de estos hombres, el ansotano Jorge Puyó, a quien tuve la suerte de conocer, el que en su libro *Notas de la vida de un pastor* se explaye en sus recuerdos navideños:

La Nochebuena en el campo.

Mañana serena y sin nubes apenas en el cielo oscense, fue la del día 24 del pasado diciembre. A eso de las cinco solares, el lucero del alba, parpadeante, alumbraba como inmenso faro (...). En nuestro oriente hay pequeños nublados, semejantes a barreras que parece que se quieren anteponer al sol, como para no dejarlo salir. Pero éste, compañero asiduo del tiempo, que lo puede todo y lo vence todo, las asalta sin dificultad, para pasar enseñoreado sobre montañas, ríos y campos.

Mañana o madrugada fría. Hay escarcha en los abrigos e hielo en las balsas. El pastor se dispone a dar vuelta por el ganado. A intervalos, hay aire fuerte, huracanado, que produce remolinos y grandes nubes de polvo, que ciegan al mayoral (...).

Día breve. Declina la tarde y el ganado vuelve al corral. Lo encerramos. Abrimos la caseta y encontramos una vivienda solitaria, muda, con algún que otro roedor. Una cerilla nos da lumbre para encender unas brozas. Silencio. Nos miramos y preguntamos: ¿qué hacemos?... Lo de siempre; y fue esto: unas migas y, por toda ración, una sardina de esas que se levantan del cubo. Un par de tragos y a dormir. A dormir sobre dos pellejos para taparnos con una manta empolvada, carcomida por los años. ¡De esta manera pasaron los pastores la Nochebuena en el campo!

Sabemos que en Urdiáin se conserva el rito del *ur-berría* o agua nueva. Costumbre que observan fielmente al pasar de un año a otro. Es que la naturaleza tiende a sobrevivir. Consustancial a toda religión es asimismo el pensamiento vida/muerte, muerte/vida.

Al tañido de las doce campanadas de la noche del día del Año Viejo los mozos de Zuazu (Valle Araquil) partían en cuestación que rendía en la casa del mayordomo.

El grupo llevaba una bota de vino –para alegrar el recorrido– y una jarra para el agua nueva o *ur-berría* recogida de la fuente pública.

Con el agua obsequiaban de puerta en puerta, al tiempo que entonaban esta letra que recuerda el rito que lo vivían:

Urte Berri egun ona
emen gakargu ur berrie,
iriki zazu atarie.
Etxe ontako etxeoandriak
Amabirjina dirudi,
Irun, Iruri
Amabirjina dirudi.

Dejaré constancia de la costumbre de los jóvenes, común a muchos pueblos, de dar el adiós al año recorriendo el pueblo, una y otra vez, con fuego en leños, pellejos de vino o aceite, escobas de brezo, etc., al grito de *Erre puierre, a quemar el culo a Silvestre, a la vieja*, etc.

En Opacua han despedido el año con la quema de un muñeco conocido por Gutierrez y en Ullibarri Arana paseaban por el pueblo, a guisa de estandarte, a un monigote al que antes habían prendido fuego.

Hasta el año 377 la Navidad y la Epifanía se celebraron el mismo día. Es en esta fecha cuando se inició la conmemoración por separado (En Antioquía, los Armenios siguieron la antigua costumbre hasta el siglo XII).

El que los jóvenes alboroten el pueblo al tañido del cencerro al atardecer de la víspera de los Reyes Magos es también espectáculo conocido en distintas comunidades. En algunas aldeas, como es el caso de Erasun, la costumbre de este día 5 de enero la llevaban a cabo dentro de un ininterrumpido cencerreo, y desde los balcones de las casas les correspondían con dinero, nueces, avellanas, etc.

Con una referencia que se remonta a la Baja Edad Media, remataré las celebraciones navideñas.

Año 1381

Del hostel del rey entre enero y octubre. El itinerario real es el siguiente: Puente la Reina, Estella, Olite, Pamplona (en febrero), nuevamente Olite y Pamplona (abril y mayo), Barasoain (hasta el 25 de septiembre), Olite, Sangüesa, Lumbier, Urroz, Roncesvalles, Larrasoaña y Pamplona (octubre). En el capítulo de mises o gastos reales, se da cuenta de compras, etc. El 1 de febrero, Carlos II hace una ofrenda de 20 sueldos, el día de Santa Gadea. El 6 se paga un par de zapatos comprados para *le petit roy*, o sea el rey de la faba, que actuaba en la fiesta de la Epifanía» (Catálogo del Archivo General. Sección de Comptos. Registros. Tomo LII - Años 1365/1535. N.º 905 -Año 1381-, págs. 71/72). Antes de seguir adelante anotaré que el día 6 de enero he conocido los carnavales de Intza, en el valle navarro de Araiz.

El 17 de enero es la festividad de San Antón. En este día se bendicen los animales, por lo general de tiro.

Berástegui cuenta con una ermita bajo la advocación del santo, y junto a ella se lleva a cabo la bendición citada. Después, al atardecer, los aldeanos se reúnen en festiva cena, en las tabernas del pueblo.

En la iconografía San Antón o San Antonio Abad figura con un cerdo a sus pies. La matanza de este animal, muy doméstico, ha sido o es un rito de trabajo/fiesta en familia y vecindad. Con el obsequio a los vecinos, amistades y parientes, con carácter de reciprocidad –*artuk emanarekin du saborea*, reza un viejo refrán–, de los *txerrimunik* (Tolosa y su zona) o menudillos u otras partes de cerdo, al tiempo que se dice: *Gure txerri txikiaren puxkak probatzeko* (para probar de nuestro pequeño cerdo), se nos ofrece una prueba de relación y solidaridad humana. Recogido de Rilke, María Jesús Buxó dice en «Antropología lingüística» *Comunicarse es naturaleza; recibir lo comunicado, tal y como se da, es educación*. La matanza del cerdo la relacionaré con las fiestas de la coronación de los reyes, que nos describe E. Cornelio Agripa –filósofo, astrólogo y cronista de Carlos V– en su «Historia de la doble coronación del Emperador en Bolonia». Carlos V 1530.

El día 9 de abril, a las 9 de la mañana, se puso un buey entero en el asador (...). Se colocó delante de la casa del rey; dentro del buey había un cerdo y dentro de éste un pato y una gallina, según costumbre inveterada de la coronación de los reyes.

El 25 de enero, la Conversión de San Pablo. Celebraban su día los cordeleiros, quienes tenían también su patrono en San Bernardo. Y si señalo esto es para recordar las fiestas de carácter gremial, fiestas de carácter religioso y profano con las cuales las cofradías celebraban la fecha de su santo patrono. Se dice que a los santos gusta se les recuerde en su día. Conozco una anotación en el Archivo Municipal de Tolosa, que corresponde al 10 de septiembre de 1666, y dice: «Libramiento corrida de toros del día de san Roque».

Tengo leído que Santa Brígida, el 1 de febrero, aumenta el volumen de la ubre de las vacas. Pues bien, miren por dónde esto que acabo de señalar lo asocio con la celebración de la fiesta en honor de San Juan Bautista.

En algunos pueblos cocían las hierbas bendecidas en la mañana del Santo Precursor, las denominadas *belar onak*, que las volveré a citar más adelante. Las *belar onak* las conservaban secas en el desván, y con el agua de éstas frontaban la ubre de la vaca que padecía de mamitis o *errepe mine*.

Existe la creencia que el 2 de febrero el animal hibernante y el hombre abandonaban su respectivo abrigadero para comprobar qué tiempo hacía. Mas esto, entre nosotros, no casa muy bien con los refranes, con frecuencia fruto de la observación:

Kandelari otza, neguaren biotza

(Cuando el día de la Candelaria es frío, corazón del invierno),

Kandelari bero, negua da gero.

(Cuando el día de la Candelaria es caluroso, el invierno luego).

En este mismo sentido nos llegan los *zozomikoteak*; leyenda pastoril fijada en los dos últimos y los dos primeros días de marzo y abril. *Zozomi-*

kote egunek, tristeak eta illunek, los días comprendidos en los *zozomikoteak*, tristes y oscuros, que equivale a lo que se dice aquí, en Alava. *Con uno que me queda, dijo marzo, y otro que me dé mi amigo abril, no te dejo ni cabo, ni rabo ni rabín.*

En San Marcos, 25 de abril, tampoco se olvidaba el tiempo climatológicamente adverso, cuando se decía: *San Markos larru zalea*, en San Marcos no olvidarse del rústico espaldero de piel de oveja o cabra, y que el 25 de abril no debería faltar en el caserío o en la borda un cencerro lleno de hierba, que responda a una conducta de economía previsora.

De todas formas, hoy la sencillez no está de moda en el saber, genérico campo cultivado con metodología mudable, y, a menudo, descuidamos el horizonte que otea nuestra propia vista, el conocimiento directo del tema interesado, y remedamos al tonto del lugar, que busca en las aguas del río refugio contra la lluvia. Contemplado desde una perspectiva bastante general me parece de recibo el comentario de Childe, cuando dice:

“Los pensamientos y las creencias de los hombres prehistóricos han perecido irrevocablemente, salvo en tantos que fueron expresados en acciones cuyos resultados han sido duraderos y han podido ser rescatados por la pala del arqueólogo” (V. Gordon Childe: *Los orígenes de la civilización*).

A esto agregaré que tanto la palabra como el dato aislados son escasamente esclarecedores, precisan, si es posible, ser examinados dentro de su medio, entorno o contorno, y es de justicia reconocer, cómo no, la existencia de estudiosos y afortunados investigadores. Pero en tantas ocasiones se mece en el aire la verdad de lo que fue la vida del hombre en tiempos remotos a los nuestros, puesto que construimos nuestro mundo teórico apoyados, con firmeza, únicamente en nuestra interpretación de lo que pasó, sin pensar que el hipotético conocimiento de la realidad nos podría resultar inesperada y sorpresiva.

En el día de la Candelaria se bendicen la cera enrollada y las velas, como triunfo de la luz espiritual de la Iglesia sobre el anterior y profano alumbrado de las antorchas, según hemos podido leer en más de una ocasión.

Puesto que el 2 de febrero es también la festividad religiosa de la Purificación, con la purificación, en minúscula, tendré presente el fuego:

Que a mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores,
Cuyo solo aliento infesta.
Y en cuanto el deje mi casa,
Antes de tornar yo a ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.

(Duque de Rivas. Romances)

Recogí en Mutiloa la letra que cantaban en la cuestación de este día, 2 de febrero, y que en parte me recuerda a la que corresponde a la postulación del *Otsabilko* o Jueves Gordo de Ataun, y que la conocí primeramente a través de José Miguel de Barandiarán. En Mutiloa pude escuchar:

Andre Mari otsailko, otsailko
Nik otso bizia ilko,
Okela bat eta okela bi
Nere burrunzia bete bedi.

Con la festividad de la Candelaria traeré también a colación la pretérita presencia del calderero –*konponi kaldera, arregla chocolatera*– en actividad de continuo itinerario, y que nos han legado su representación de contenido festivo en San Sebastián, con remedo en Tolosa, etc.

Un caldedero fue a misa,
y, no sabiendo rezar,
andaba por los altares:
¿Hay calderas que arreglar?

Según Pablo de Gorosabel, los afiladores y caldereros son heraldos del mal tiempo, de la lluvia. No recuerdo haber escuchado esto acerca de los caldereros, pero sí me es familiar atribuir este poder a los afiladores o *txorroskilleak*. Como anécdota diré que dos o tres días antes de las carnestolendas un pobre afilador fue expulsado a pedradas del término municipal de Tolosa. Este sucedido escuché de labios de uno de los que en su juventud intervino en la acción, un tolosarra fallecido hace bastantes años.

La bendición de la luz –entrecomillado–, es decir, de la cera y la vela realizada el día de la Candelaria, da paso a la festividad de San Blas, el 3 de febrero, que es cuando se bendicen las viandas, los diferentes productos de alimentación.

San Blas preserva de las afecciones de la garganta, y esto, por razones obvias, relaciona al santo con el mundo del canto y con el disfrute de la buena mesa. A quien tose ha sido corriente hacerle esta exclamación: ¡*San Blas!* San Blas es curandero; pero, paradójicamente, conocí a un señor que el día 3 de febrero pedía al santo le concediese catarro para un año. *Primum vivere*. El hombre aludido murió hace unos treinta y cinco años. Le falló San Blas.

El dolor de garganta se cura también con el vaho, previo cocido, de las mentadas *belar onak* bendecidas en la mañana del 24 de junio, San Juan Bautista.

Pero el día de San Blas tiene su lado festivo. Junto a su ermita, y aquí recuerdo a las de Zerain, Bergara y Elgeta, si bien no puedo asegurar su conservación, tiene lugar la alegre romería, con la presencia familiar de la con-sabida rosquillera, que con la baraja en la mano anuncia su artículo, la rosquilla o *piperopilla*, al garboso grito de *bata, bia, irua, laua, bosta, seia, zaz-pia, txota, zaldun, errege*.

Tolosa cuenta también con una ermita dedicada a San Blas, y hasta hace unos sesenta y cinco años, en la corta tarde del 3 de febrero, mientras unos jóvenes participaban en el baile que tenía lugar dentro de la casa o en un prado contiguo al modesto templo, otros se entretenían tomando parte en el juego conocido por *zankinaka*, que no hace al caso describirlo.

El 5 de febrero es el día de Santa Agueda. La Santa martirizada cortándole los pechos ha sido objeto de especial veneración por las nodrizas. *No gata, soy Santa Agata*. Santa Agata o Agueda está presente en la leyenda. (Apariciones en forma de gata, cabra, etc.).

Común a muchos pueblos es la cuestación que se realiza en la tarde/noche de la víspera de Santa Agueda, al canto de *legearekin kunpli dezagun*, cumplamos con la ley que se basa en la costumbre, anterior a la letra impresa. Esta observación relacionada con el *legearekin kunpli dezagun* se la escuché hace varios años a Manuel de Lekuona. A cada cual lo suyo.

En más de un pueblo, y favorecido por el calendario, la fiesta de Santa Agueda se confunde con la celebración de las carnestolendas. En el año 1967, 1978, 1989, Carnaval el 5 de febrero. Por curiosidad señalaré que en el año dos mil el Carnaval es el 5 de marzo.

Varias celebraciones de invierno, algunas de ellas recordadas esta tarde, son modestos afluentes que van a morir al espacioso y dilatado marco festivo del Carnaval, que lo trataré sucintamente. El tiempo manda, y además evitaré, en parte al menos, insistir en lo dicho acerca del tema en otras ocasiones.

En esta mi intervención, con el Carnaval toco la primera celebración de las llamadas de fecha movable. Movable, y dicho en pocas palabras, en razón de la Pascua de Resurrección, a su vez en dependencia con la primera luna llena de primavera. Esta consideración es válida para fijar las fechas de la Ascensión, Pascua de Pentecostés, Corpus Christi, etc. La Pascua de Resurrección nunca se da antes que el 22 de marzo. Se dice que el que muere este día va al cielo, y el que fallece en Carnaval conoce el infierno.

El Carnaval es, o por lo menos ha sido, la fiesta más completa de los hombres. Lo tiene todo: la risa, la barbarie, el disimulo, el miedo, la inquietud y la perfidia humana. Hay en él posos de sentimientos ancestrales, totémicos, que se remontan a las épocas más lejanas. Pío Baroja: Los demonios del Carnaval.

El Carnaval que nuestra vista en su sentido figurado alcanza, dicho en pocas palabras tiene gran parte de caos; es una expresión de desorden, de la mimesis y del lenguaje figurado. Y este breve planteamiento es rico en contenido. alcanza los bailes y las pantomimas, el disfraz / máscara y las comidas pantagruélicas, en ocasiones con la exhibición del personaje rabelaisiano del Gargantua –que no hay duda se basa en leyendas anteriores–, cuyas sibilinas fauces traspasé más de una vez en mi niñez.

No me olvidaré de la presencia del fuego en Carnaval, y no hace al caso hablar en Zaldueño de la parodia del Marquitos, pues doy por bueno que

más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Los vecinos de esta villa de Zaldueño viven el Carnaval, y para conocer una cosa no hay nada mejor que vivirla, que experimentarla.

La quema del muñeco mentado y el remate de otros símbolos carnavalescos, que se efectúa casi siempre al atardecer del último día de la celebración carnavalesca, es un nostálgico adiós festivo, en expresión manifiesta que algo queda atrás.

El Carnaval rural responde a una exteriorización de ánimo que nace del mismo ser del pueblo. Se enriquece con la sencillez de la naturalidad. Lo señalado que nace del mismo ser del pueblo nos puede descubrir reminiscencias de una pretérita manera de pensar del hombre.

El siguiente dato acerca del Carnaval es del medievo, se remonta al siglo XIII y corresponde a Navarra:

1234 (Circa)

Memoria de los derechos y pechas que pagaban al rey los moros de Cortes, por Navidad Carnestolendas, Pascua de Resurrección, Pentecostés y San Juan, en gallinas, carneros, huevos, trigo, cebada, legumbres y lino (...).

Conozco una Carta-Patente del año 1565, que entre otros objetos prohíbe la importación de las máscaras.

Puesto que llevo citada la festividad de San Marcos, 25 de abril, tendré un recuerdo a la bendición de las *opillas* que en algunos pueblos, es el caso de Ondarribia, llevan a cabo este día.

Estos bizcochos u *opillas*, ornados con huevos cocidos y pintados de caramelo rojo dulces y un polluelo de imitación, los llevan a la iglesia cubiertos por medio de un lienzo.

Antiguamente eran de elaboración casera y en éstos últimos años los venden en establecimientos comerciales.

Es un obsequio que hacen las madrinas a sus ahijados o ahijadas, hasta que estos se casen. Si el tiempo se presta a ello, la reunión y fiesta campera vespertina ponen fin a la celebración del día.

Al atardecer de uno de los últimos días del mes de mayo es cuando escribo estas líneas acerca de unas costumbres que se hallan en proceso de regresión y debilitamiento, más que paulatino, acelerado. Signo y sino de los tiempos.

El hombre ha ritualizado toda transición, todo cambio, de hábitat, status social, tiempo, etc. como he dejado ver al hablar de la despedida al Carnaval, por medio del castigo infligido a distintos personajes representativos de la celebración.

En las fechas en que nos hallamos tenemos superado tiempo ha los días que hacen buenos los dichos que llevo señalados en razón de las fiestas de la Candelaria y de San Marcos. Ahora vivimos lo que llamaré la plenitud de la primavera, la *realidad*, como con algo de poesía nos dice en vasco el nombre del mes de mayo, *loreilla*, mes de la flor, mes de las flores.

El mayo y las mayas tienen raíz de saludo a la primavera.

La Cruz de Mayo
que no come ni bebe
en todo el año

(José Blanco White: *Cartas de España*)

Este escritor andaluz, nacido en el último tercio del siglo XVIII, nos dice que en muchos pueblos de España ha sido costumbre nominar Reina de Mayo a una de las bellezas campesinas del lugar.

Blanco White señala cómo le contaron que los niños de Cambridge ataviaban una figura que recibía el nombre de *Señora de Mayo*, y que exhibiéndola sobre una mesa pedían dinero a todo el que se acercaba al número festivo.

En el tomo 31-1982/83 del Anuario de Eusko-Folklore, editado por Eusko Ikaskuntza - Sociedad de Estudios Vascos me ocupó de parte de lo escrito por Blanco White acerca del Mayo, y evitaré ser reiterativo. Otro tanto diré sobre *Os Maíos* (Los Mayos) de Galicia; al interesado sobre el tema remito al referido trabajo.

El nombramiento de la Reina de Mayo, que recaía en una de las jóvenes más agraciadas de la comunidad respectiva, ha sido costumbre vivida en varios pueblos del País Vasco.

Según Aingeru Irigaray, en Doneztebe tenía lugar la *Maia-besta*, costumbre que la realizaban el 1.º de mayo y domingos siguientes del mes. Y es el mismo y recordado amigo quien nos habla de la *Maiatzeko erregina* de Arizkun y la consiguiente postulación en los domingos de mayo.

La Iglesia, aunque no siempre, ha transformado en cruz el árbol que representa al mayo, que nos puede llegar desprovisto de su primigenio contenido.

De todas formas diré que son varios los autores en el País Vasco que se han fijado en el mayo.

En un libro publicado en el año 1975 me ocupaba por vez primera del mayo de San Vicente de Arana, cuya descripción y significado corroboran los extremos que acabo de señalar.

Este mayo se coloca al atardecer del día de la Invencción de la Santa Cruz, previo bendecido por el párroco del pueblo, y se retira el 14 de septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz.

Cuando lo ví, en su parte superior llevaba una vara que formaba una cruz, a unos dos metros más abajo otra cruz, de cera e incrustada en el tronco. A un metro escaso de la cruz de cera, unas puntas sujetaban a un pañuelo, y a un metro y medio en plano inferior al pañuelo unas tijeras o aspas de madera, de unos cuatro metros, confeccionadas rústicamente en una casa de San Vicente de Arana. Aquí pude escuchar que un año en el que no se plantó el mayo, el pedrisco arrasó los campos.

Pero conozco mayos sin traza cruciforme, y uno de ellos es objeto de mi atención en el aludido ensayo que salió a luz en Eusko-Folklore.

El rito del mayo escapa, a veces, a su homónimo mes. Sé de pueblos donde al apagado del fuego del solsticio de verano seguía el cometido de levantar el mayo, que en el resto del año era motivo de algún entretenimiento festivo.

Citadas las dos celebraciones de la Santa Cruz, no tengo en olvido el dicho rural que recogí a su tiempo; *Morroien siesta eta merienda, Santa Kruzetatik Santa Kruzetara* (De Santa Cruz a Santa Cruz la siesta y la merienda de los criados. Y esto porque los días son largos y el trabajo obliga a madrugar).

En este ciclo de intervenciones de temática festiva, el comentario/estudio sobre la celebración del Corpus Christi corre a cargo de voces más autorizadas que la mía. Así, pues, mi labor acerca de esta conmemoración que tiene lugar el Jueves que sigue al Domingo de la Santísima Trinidad, la encuentro justificadamente aliviada.

La celebración del Corpus Christi a nivel general data del Bajo Medievo. Fue instituída por Urbano IV, por bula expedida en 1272.

Hemos conocido la participación de fuerza armada en la procesión de algunas villas y ciudades, y esto fue motivo de disputa en el terreno de las competencias, como se comprueba por un Extracto de consulta del Consejo Real sobre debates entre la Diputación del Señorío de Vizcaya y la villa de Bilbao, acerca del modo de celebrarse la procesión del Corpus en la misma villa (...).

El texto en cuestión, muy extractado, dice lo siguiente:

Con Reales órdenes de seis de Junio y nueve de Agosto de mil setecientos noventa se remitieron a consulta del Consejo dos representaciones, la una de la villa de Bilbao y la otra de la Diputación general del Señorío de Vizcaya.

En la primera se queja Bilbao de la Diputación, por haberse mezclado ésta en la forma y método con que se debían celebrar en dicha villa las procesiones del Corpus; y de haber publicado un bando prohibiendo que en ellas fuese gente armada de Bilbao u otro cualquier pueblo del Señorío, ofreciendo a la villa la tropa volante, para que siendo necesario usase de ella, cuyos procedimientos expuso ser violentos, ya porque la villa podía por sí levantar tropa en todas ocasiones, como lo hacía en los de guerra (...); por lo que concluyó solicitando se

mandase a los Diputados del señorío, se contuviesen en los límites de su autoridad, y de las facultades que les competían por fuero, sin mezclarse directa ni indirectamente, en lo jurisdiccional y gubernativo de Bilbao (...).

La Diputación general de éste expuso en la suya, que en las últimas funciones de proclamación causó la gente armada varias pependencias y casi una conoción general en un choque que tuvo con un oficial de Marina, a quien apedrearon, y con un Alcalde que lo defendió; que para evitar estos desórdenes había prohibido la Diputación el que se armase gente con motivo alguno y sin orden (...); por lo cual pidió se declarase haber incurrido el Alcalde actual de Bilbao y su Ayuntamiento en la pena de cuatrocientos ducados por cada vez que habían levantado tropa, a pretexto de solemnizar la procesión del Corpus, y en la de cien los que salieron armados (...).

El Corregidor de Bilbao en su cumplimiento, informó que hasta el año de mil setecientos noventa, jamás sacó Bilbao gente armada a manera de tropa para la procesión del Corpus, y sí salían antes al mismo fin hombres enmascarados con vejigas colgando de un palo que llevaban en la mano (...).

Aquí hemos visto que salía tropa a pretexto de solemnizar la procesión del Corpus, para leer seguidamente que sí salían antes al mismo fin hombres enmascarados con vejigas colgando de un palo que llevaban en la mano. Son exposiciones del siglo XVIII que hablan del papel que desempeñaban en la procesión del Corpus la gente armada y los enmascarados.

En el Archivo Municipal de Tolosa consta que desde los albores del siglo XVII figuraban los danzantes en la fiesta del Corpus Christi.

En el año 1677 se cita a los gigantes que se exhibían en esta festividad, y con fecha del 29 de junio de 1778 figura esta anotación: *Libramiento por el importe de los nuevos gigantes y tarasca para las fiestas del Corpus*. Las citadas máscaras y la danza nos introducen en ambiente festivo.

Los gigantes y la tarasca cumplen con un cometido alegórico/ festivo, amén de los danzantes que intervienen en la forma y en el lugar marcados por la costumbre.

Las distintas descripciones de la tarasca guardan nexos en lo fundamental. Larramendi en su *Diccionario* dice: *Tarasca, figura de Sierpe, que sacan en la Procesión de Corpus*.

En el *Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia Española* –este es su título–, editado en París en el año 1826, leo: *Tarasca. Figura de sierpe que se sacaba en ciertas fiestas*.

Mesonero Romanos cuando comenta La Procesión del Corpus del año 1835 en Madrid, entre otros extremos señala:

(...) habiéndosela purgado también de los ridículos emblemas que bajo los de la *tarasca*, los *gigantones* y otros, se conservan aún en algunos pueblos de España (...).

La *tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesión, y representando místicamente el vencimiento glorioso de nuestro señor Jesucristo sobre el demonio.

En «Tarascón», villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, existe una tradición que dice: que habiendo llegado Santa Marta a aquellas riberas, logró vencer y encadenar a un monstruo carnívoro llamado la *tarasca*; que afligía y desolaba aquel país.

Hasta aquí Mesonero Romanos.

Asocio esto con el *Diccionario etimológico* de Corominas, que dice recibía el nombre de *Tarasca* un legendario dragón que habitaba en un bosque junto a Tarascón-sur- Ariège (...).

Gorosabel nota que *antiguamente solían ir delante de esta procesión danzantes, gigantes, la Tarasca y el Dominguillo, pero por Real determinación de 10 de junio de 1780 se prohibieron también tan ridículos figuras o mamarrachos, y quedó desterrado su uso. Además solía haber por Corpus –prosigue Gorosabel– danzas de espadas, y también se traían muchas veces bailarines de Valencia, para que fuesen bailando por delante de la procesión (...).*

No me detendré en otras referencias que describen la *tarasca*; pero sí señalaré que las disposiciones de su prohibición no se reducían a la recordada por Gorosabel.

Sabemos que la serpiente engañó a la mujer y Dios la condenó a caminar sobre el vientre, a enmudecer y a tragar polvo. Dicho sea de manera sucinta, la serpiente ha sido mal vista y representada por el hombre.

Por ello la *tarasca* lleva implícita el significado de *anti* a lo que expresa la manifestación religiosa.

De los enanos o *gixontxoak*, que en esta especulación los identifiqué con los cabezudos o *buruaundik*, se dice que trabajan en las minas del subsuelo y salen al exterior a través de las escaleras que el tronco de árbol lleva en su interior.

Los gigantes nacen de la promiscuidad entre los hijos de los dioses y las hijas de los hombres, y esto explica para mí su condición, su gigantismo.

La representatividad de los gigantes es diversa, su simbolismo es rico. Han sido quemados en expresión de un acaecer adverso; malas cosechas, peste, etc., que ahora no nos interesa. Es lo opuesto a la fiesta. Dejaré de lado este ejercicio divagatorio.

Yubal –7.º en la generación partiendo de Caín– es el padre de cuantos interpretan la cítara, la flauta o caramillo, etc. Y es al son de varios instrumentos musicales como bailan airosamente los gigantes.

Los gigantes son consustanciales a muchos números festivos. Su vistosa y alegre presencia callejera resulta familiar en muchos pueblos. Los gigantes son conocidos por su respectivo nombre propio y pertenecen, forman parte, de la comunidad respectiva.

Puesto que hablamos de gigantes recordaré un refrán limeño que tengo leído al ilustre escritor Ricardo Palma –en sus *Tradiciones peruanas*, tomo V– y que se aplica a los que opinan sobre un tema que ignoran: *Este habla como los gigantes, por la bragueta*, puesto que es realmente ése el sitio por donde sale la voz del hombre que va dentro del bastidor de madera o de cartón que forma el gigante.

El derredor del ambiente festivo que crean los gigantes, con su airosa presencia, alcanzamos la festividad de San Juan Bautista. Las celebraciones del Corpus Christi y de San Juan Bautista han solido coincidir en un mismo día.

En líneas generales, al ocuparnos del solsticio de verano con la celebración de la festividad de San Juan Bautista, no olvidaremos al sol, al agua y a la presencia del mundo vegetal, en una palabra, la Naturaleza. *San Juanek esku baten sua eta bestean ura*, San Juan, en una mano fuego y en la otra agua.

Con el agua tendremos en cuenta su factor estimulante de creación, con el fuego tendremos presente la propiedad vivificante del sol. Repetiré que la representación de una cosa viene a ser la cosa misma. Calor es vida y fría es la muerte.

Con el agua y el calor solar, la presencia del reino vegetal, la renovación. Renovación o fertilidad en el mundo vegetal, *ama-lur*, tierra madre, que equivale a renovación o fecundidad en la vida animal y humana.

Llevo señalado que la cualidad de un pueblo se exterioriza de distintas formas. Pues bien, en los pueblos no ha sido raro el caso de encender el fuego del solsticio de verano en la encrucijada de caminos y en el punto más visible para la aldea o propiedades colindantes.

En Ursuarán tengo recogido cómo en la heredad de más visibilidad del caserío encendían el fuego de San Juan o *San Juan sua*, al tiempo que entonaban una letra no exenta de espíritu desafiante:

San Juan dala, San Juan dala zapatu arratsaldean. Amalau atso tronpeta jotzen zazpi astoren gainean.

Gaur San Juan, biar San Juan, etzi San Juan Bautista, Jesukristoren leengusua de San Juan Ebanjeliste.

Iru ale ta gatzaina kaskaliz ez, gatzainiri ontan sorginik ez. Emengo batek, orko biri balio badek etorriari. (Termina así: *Uno de aquí a dos de ahí, si vales ven*).

A la misa mayor del día de San Juan, cada familia lleva a bendecir un ramillete hecho con flores –margaritas– o *San Juan lorak* y diferentes plantas, preparado dentro de un espíritu de competencia de quién presentarlo más lucido. Eran las *belar onak*, cuyas propiedades curativas hemos señalado algunas.

Al saltar sobre el fuego de la noche del 23 de junio, en la villa de Aya decían:

Bost txorikume, bost.
Aita eta ama zazpi.
Abiyarekin zortzi.
Biba San Juan Txiki.

En Bedayo brincaban sobre el fuego después de cantar esta delicada letra:

Biba San Juan Batiste, aingeruk dantzan dabilte, Beren egune due ta beilte.

(Viva San Juan Bautista, los ángeles bailan. Es su día, que bailen).

Dejemos ahora los cielos brumosos del Norte por los países del sol. En toda España se encienden hoy todavía, la víspera del solsticio, grandes hogueras, dice *Frazer*, para señalar más adelante: Esta misma noche, las muchachas que quieren conocer su porvenir ponen un vaso lleno de agua en el alféizar de la ventana. Cuando suenan las doce de la noche, rompen un huevo en el agua, y observan las formas que la clara y la yema toman al mezclarse en el líquido y creen ver prometidos castillos y ataúdes. En general, lo que imaginan ver son los novios.

En *Vitrina pintoresca*, Pío Baroja escribe que:

«En San Sebastián, cuando era niño les decían que echando un huevo a un vaso de agua la noche de San Juan se veía aparecer un barco con todas sus velas. Esta supuesta aparición del barco en un vaso me producía a mí una gran curiosidad y una gran inquietud», puntualiza Pío Baroja.

Esto que acabo de describir, con ligeras variantes, lo tengo recogido en varios pueblos de Navarra.

Como oportuno traeré a colación el *Cuento del huevo*, que figura en el añoso refranero de Francisco de Espinosa:

Es que tenía uno un huevo en la mano, y decía que de aquel huevo saldría una gallina, y de la gallina muchos pollos, y de ellos muchas gallinas, y de ellas muchos dineros, y estando en esta cuenta cayóse el huevo de las manos y quebróse.

Aquí sí que se puede exclamar *¡mi gozo en el pozo!*, dicho que, cómo son las cosas, me lleva al Portacuentos de Timoneda, escritor valenciano del s. XVI. Me perdonarán el breve inciso.

Un buen hombre, siendo ermitaño en una ermita, cogió de limosna una jarrilla de miel; y como viniere a valer muy cara, púsola a la orilla de un pozo, y contemplándola decía:

–Yo venderé esta miel, y de los dineros compraré colmenas, y de las colmenas ovejas, y de las ovejas heredades, y de las heredades vendré a ser hombre rico, y hablarme han mujer, y tomarla he que sea rica y hermosa, llamarme han señor, y tendré hijos, y si alguno fuere mal criado, darle encima de la cabeza.

En esto alzó el palo que tenía en las manos, como aquel que quería dar a los hijos, y quebró la jarrilla, echándola en el pozo. Hallándose burlado, dijo:

–Por mí se puede decir: mi gozo en el pozo.

(*Cuentos Folkloricos Españoles del Siglo de Oro*, de Maxime Chevalier. Editorial Crítica.

Parte de lo que he dicho hace poco me evoca, de alguna manera, a una canción popular que se ha escuchado en Elorrio, y que yo la conozco publicada con el título *San Juan Sorbak*, y que figura en el número 531 del 30 de junio de 1908, de la revista *La Baskonia* editada en Buenos Aires:

San Juan, San Juan
Beti zaitut goguan...
Arrautza bi altzuan
beste hi kolkuan.
Zapuak ta sorginak Erre, erre.
Gariyak ta artuak
Gorde, gorde.
¡Ujuju, ujuju!

Esta letra de rico contenido: *Quemar, quemar, sapos y brujas; conservar, conservar el trigo y el maíz*, la entonaban en el transcurso de la noche de la víspera de San Juan durante el fuego, y en la mañana de San Juan, después de haber recibido el rocío de la mañana.

En Tolosa conocí a Juan Damborenea Imaz, hombre de fuerte complejión, de andar pausado y muy poco aficionado a consultar el reloj.

Al anochecer de la víspera de San Juan Bautista, y fiel a costumbre recibida de sus mayores, Juan Damborenea salía de casa y recogía hojas de saúco o *intsusa*. *Tiene que hacerse hoy*, solía responder si en casa le reprochaban a causa del mal tiempo.

En el mismo día quemaba las que le quedaban del año anterior y las nuevas las introducía en varias botellas y las dejaba encorchadas: *ola bear du izan, kortxo oso barrenerano sartuta*, así tiene que hacerse, con el corcho bien metido, y esto para evitar que entrase el aire.

A cada botella, empleaba las de 3/4 de litro, colocaba el marbete, que decía: *Intsusa Saúco*. Sobre cualquier herida ponía la hoja recogida en el

atardecer del 23 de junio, y si lo estimaba conveniente, una venda sobre la hoja. Juan Damborenea Imaz, de interesante y amena conversación, nació en Tolosa en el año 1869, y murió en la misma villa en 1947, a los 78 años.

Conozco también a un hombre nacido en la villa de Gaztelu, que para tratar una herida o un golpe recurría al saúco recogido en la tarde de la víspera de San Juan.

Tanto su padre como él, las plantas de saúco con sus hojas las secaban en el desván o *mandioa* de casa, atadas con una cuerda y colgadas de un clavo.

Al precisar su uso cogía una o más ramas de saúco, les quitaba la mebrana o *mintze* que llevaban en la parte superior y las extendía sobre la herida o el golpe, para dejarlas atadas por medio de una venda o un trapo.

Si lo creía conveniente se servía de una o dos plantas o *landareak* de saúco con sus correspondientes hojas, las cocía y el golpe recibía el vaho o *lurrine* de estas hierbas.

En más de un pueblo, según tengo recogido, en la mañana de San Juan, muy temprano y en ayunas andaban descalzos en el rocío. Había que moverse rápidamente en hierba corta, de unos 10 centímetros, por lo menos durante tres cuatros de hora.

Unos lo hacían con fin preventivo para conservar la salud, y otros esperaban olvidarse de la dolencia que les aquejaba. Ha sido respetado también el rito de ir al río y mojarse la cara antes de la salida del sol en la mañana de San Juan así se conservaba la cara guapa para todo el año.

Algunas aldeas han contado con fuentes de propiedades curativas, cuya agua la bebían en el mismo manantial o la acarreaban a casa en distintos recipientes.

Es costumbre generalizada colocar el espino blanco y el fresno, emparejados y cruciformes, a ambos lados de la puerta de entrada al caserío, en las ventanas y en las tranqueras de paso al pastizal y al terreno de cultivo.

El espino blanco aleja el rayo y la tormenta.

La mañana y el día de San Juan son los más alegres del año. El sol sale brillando.

izar eder bat
ateratzen da
urtean egun batean
urtean egun batean eta
ura San Juan goizean.

Pero siempre hay excepciones. Es el caso de la mujer que fue invitada a pasar la fiesta de San Juan en el pueblo de Saldías. Después de un abundante desayuno, la aludida mujer se acostó para despertar ya de noche, ante lo cual reaccionó con este original comentario, fruto de la experiencia:

¡Ai San Juan, San Juan egune, argitu orduko illune!,

¡Ay día de San Juan, San Juan, en cuanto clarea, oscurece!

Con el comienzo de la festiva letra del zortziko de San Juan, que se canta en Tolosa, cerraré mi intervención:

Agur, egun (bis)

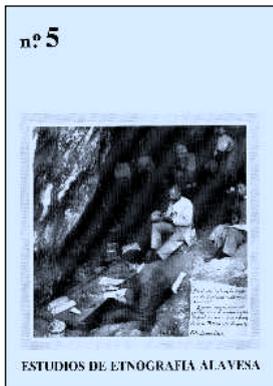
Zoragarria,

Poztu dezu

Erri guztia.

(Te saludo, te saludo, gozoso día. Has alegrado al pueblo entero)

Besterik ez. Muchas gracias.



Algunas fiestas del ciclo anual / Juan Garmendia Larrañaga. – En : *Ohitura : estudios de etnografía alavesa*. – Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava. – N° 5 (1987), p. 245-258. – OC. T. 4, p. 13-31